

La administración de la política

La expansión planetaria del capitalismo, la globalización de los mercados y la difusión generalizada de los criterios y del discurso empresariales han provocado una profunda transformación en el significado de la actividad política. El progresivo deterioro de los proyectos emancipadores y los ideales revolucionarios han dejado a la política el reducido espacio de la gestión burocrática de *lo que hay*. En líneas generales, no se espera de ella otra cosa que una buena administración de lo necesario, es decir, la preservación, de manera eficiente del estado de cosas. La política actual se llama, en este sentido, *realista*.

Las condiciones de funcionalidad del mercado marcan el horizonte actual de lo posible. Los partidos políticos (y muy especialmente aquellos con chances electorales) intentan mostrar que mantienen algunas diferencias, afirmando que puede haber formas contrapuestas de gestionar lo irreversible, esto es, la hegemonía del capital y el necesario e inevitable acomodamiento en el mercado regional y mundial. Estas orientaciones o bien no se preocupan de manera significativa por el costo social interno que aquello supone o bien tratan, al menos en su manifestación pública, de no pasarlo por alto. En síntesis, enfrentan revolución conservadora a vieja protección socialdemócrata. A la luz de las políticas llevadas adelante por el PSOE, en España, los socialistas franceses o, en la actualidad, los demócratas estadounidenses, por citar sólo algunos casos, reconocer diferencias entre gestiones neoliberales o conservadoras y aquellas que declaran preocupaciones sociales resulta cada vez más difícil. Por el contrario, ha ocurrido que aquellos gobiernos que disponían -o disponen- de una mayor base social o popular y que mantenían buenas relaciones con los sindicatos fueron los más eficientes en llevar a cabo las políticas de reconversión. En la Argentina -que reproduce la tendencia mundial- esta dilución de diferencias se pone de manifiesto en la manera en que la mayoría de los partidos coincide en alinearse alrededor del viejo centro político. Centroderecha o centroizquierda (tal como se autodefine la alternativa "progresista") configuran las opciones posibles para instrumentalizar, en última instancia, las necesidades globales del mercado y, fundamentalmente, los intereses estratégicos del mercado de capitales.

El sueño de las democracias de ciudadanos libres se ha transformado en un presente de democracias formales de individuos, organizados y estereotipados por las nuevas pautas culturales del consumo masivo. La ficción de un sujeto autónomo, preocupado por lo público y socialmente responsable, ha sido reemplazada por la figura *massmediática* del espectador/consumidor. La pertenencia colectiva a causas de interés social transformador ha dejado paso al aislamiento individual, al desaliento y al escepticismo ante cualquier situación que signifique alterar alguna faceta de la segura continuidad del funcionamiento reglado del sistema. Una preservación de mínima garantiza a algunos disfrutar lo mucho que acumulan, sin sobresaltos; pero a su vez permite, a muchos otros, mantener la ilusión de resguardar lo poco que les queda. El sentimiento colectivo de orfandad hace comprensible, también, la acentuación de los intereses mezquinos y las rupturas de solidaridades.

El espectador/consumidor se relaciona con el mundo desde la óptica pasiva de la fascinación ante el espectáculo de disponer los sucesos cotidianos del planeta en el living de la casa, o contar con un vistoso panorama publicitario que satisfaga su expectativa de una compra ventajosa, de acuerdo con sus necesidades y posibilidades. Las acciones políticas están encuadradas en esta misma determinación. El montaje escénico que significa hoy día un

acto electoral evidencia el tipo de participación que se solicita a la gente. La forma parlamentaria del capitalismo (pobre expresión actual de la democracia) ha convertido a la práctica política, y sobre todo a las elecciones, en una variante más del *show business*. Los partidos montan campañas publicitarias para la venta de su producto-candidato, de forma acorde con los segmentos del mercado que deseen conquistar. Se organiza así el apoyo difuso de la masa a determinados personajes o imágenes políticas, que una vez legitimados en sus cargos diluyen sus diferencias más marcadas y se dedican a administrar de manera "realista". Esto es coherente con el reclamo más usual de los electores, que requieren de los candidatos, fundamentalmente, confianza y credibilidad. Queda entonces garantizado, por un lado, el consentimiento formal del público y, por otro, la necesaria independencia de los mecanismos administrativos y de gestión que regularán la expansión del capital. Lo que se presenta como opciones políticas termina disolviéndose en simples matices administrativos.

La preocupación política ha derivado en una inquietud meramente técnica. La función del Estado se agota en preservar la primacía de la inversión privada y la acumulación del capital, debiendo mostrarse como un eficiente administrador de los intereses económicos y garante del orden y la seguridad. Esta funcionalidad requerirá, simplemente, eficiencia de gestión. La tecnocracia pasa a constituir, entonces, la médula de la administración estatal. Mientras que los especialistas son los gestores asépticos de los lineamientos generales de gobierno, los viejos políticos constituyen la cara electoralista de las propuestas y el amortiguador de los "costos sociales".

La conversión progresiva de los ciudadanos en "público" reorienta el sentido de la participación popular. La lógica del análisis empresarial establece las condiciones de posibilidad y regula la intervención social. Interpelado como espectador y consumidor, en la situación comicial el público adquiere un producto o un servicio predeterminado (la forma de administración del capital y el mantenimiento del orden) jugando su "libertad" en elegir la "marca" o la "compañía" (ciertos candidatos o partidos). La publicidad, los estudios de *marketing* político, las consultas de opinión, las encuestas, etc., y muchos otros recursos, elaborados desde las nuevas modalidades de la comercialización, se transforman en herramientas indispensables para cualquier partido.

La difusión de estas prácticas y la generalización de los mismos escenarios ha producido la uniformidad casi completa del campo de la política. La estructura capital-parlamentarismo/estado-tecnocracia-administración/partidos-representantes/electores-espectadores-consumidores-público, conducida por la lógica del mercado, configura el bloque homogéneo que autoriza la circulación oficial de la política. Este estado de cosas requiere determinar con precisión el lugar de cada componente para su funcionamiento óptimo. Consolidado y garantizado el lazo social de dominación, no hay lugar para ninguna disrupción estructural.

Si preservamos el nombre de *política* para reconocer en él a un pensamiento en acto que lleve consigo, en proporción a su fuerza, su coherencia y su tenacidad, alteraciones estructurales en la configuración estatal de dominación, difícilmente reconozcamos que hay algo de política en las prácticas actuales de administración gubernamental. Toda política digna de tal nombre deberá ser, por consiguiente, emancipatoria. Esto significa que su legitimidad no puede quedar subsumida a las condiciones que impone la administración garante del funcionamiento regular del estado de dominación. Es decir, una decisión o una práctica política no deberá probar, con anterioridad, su posibilidad y su pertinencia en términos de realización. Deberá saltar sobre los posibles de su momento, marcando una ruptura fundacional que abra caminos inéditos. En estos términos, por lo tanto, la política no será *realista*.

La retirada de la política como pensamiento activo en favor del manejo técnico-gerencial y el mero interés administrativo por la cosa pública han forzado una exclusión relevante. Al ser recortada la sociedad en tanto "público" quedó obturada la presencia de la comunidad

como significación eminentemente *política*. Cuando se realizan elecciones, por caso, no tiene lugar ninguna expresión social comunitaria en tanto presencia política. La caída por etapas de los distintos referentes revolucionarios (los estados socialistas, el movimiento obrero con inscripción marxista o la luchas de liberación nacional) marcaron una redefinición y un *aggiornamento* del sentido comunitario. Este acomodamiento, interior al capitalismo, dio lugar a la aparición de diversos movimientos sociales, con muy dispares intereses y objetivos, pero que, en general, reconocen una característica común: la necesidad de referir al *derecho* sus reivindicaciones sectoriales o individuales.

El retorno de la ética

Abandonada durante mucho tiempo, como disciplina especializada, a los claustros académicos o centralizada históricamente por el discurso religioso en la tradicional *formación moral* de las personas, la vieja ética ha evidenciado un espectacular e inusitado retorno. La referencia ética se transformó, en los últimos años, en un acompañante habitual de múltiples y variados ámbitos. Instalada en los medios de comunicación, en la "opinión pública", en los discursos oficiales o en la administración empresarial, la ética se presenta como una suerte de vago principio regulador de casi cualquier situación: ética médica, ética de los negocios, ética deportiva, ética periodística, bioética, etc. Incluso la educación oficial, poniéndose a tono con el impulso general, ha incorporado la formación ética a los contenidos obligatorios de enseñanza en todos los niveles.

Pero ¿se trata, efectivamente, de un "retorno" a la ética? ¿Qué es lo que expresan estos tiempos bajo la difundida referencia *ética*? No asistimos, por cierto, a una vuelta del interés por el disciplinamiento austero de la voluntad, la constancia y el esfuerzo desinteresado, la obediencia categórica o la abnegación del deber. Tampoco parece perseguirse la construcción de un saber que busque el logro de la mayor felicidad del mayor número posible de personas o una preocupada consecución del Bien. Lo que caracteriza nuestra época no es la consagración final de aquellos viejos valores e ideales sino, más bien, la apropiación instrumental y pragmática de una nominación. "Ética" designa la funcionalidad posible del capitalismo de esta época. Configura una herramienta preciosa y muy dúctil para promocionar los beneficios y disolver los conflictos que acarrea la expansión planetaria del capital, la glorificación del bienestar en el consumo, la omnipresencia publicitaria, y puede hacer presentable, también, la renovada exaltación del individualismo egoísta. El *eticismo* es la nueva forma ideológica del anunciado fin de las ideologías, que promueve la idoneidad administrativa, la eficiencia de gestión o, en general, la pertinencia de las acciones, en clave *antipolítica*.

El horizonte actual de las críticas y las disputas más significativas -supuestamente políticas- no suele ir más allá de las denuncias de corrupción, la alusión a la falta de aptitud moral de funcionarios y gobernantes o el descubrimiento de algún pasado oscuro. La retirada de la política activa ha hecho que aquellos temas se hayan transformado en los ejes privilegiados, y casi exclusivos, de las controversias más importantes. Frente a un panorama en el que mercado determina el horizonte y el límite posibles de los actos sociales y comunitarios, la gestión estatal sólo podrá cuestionarse en términos de competencia o eficiencia. Los políticos devienen, finalmente, en técnicos o empresarios a los que se les reclamará ser, en la medida de sus posibilidades, eficientes y honestos.

La ética de las políticas conservadoras

La despolitización del ámbito de lo público y el ocaso del debate ideológico sitúan a los planteos éticos en una perspectiva múltiple, que reinterpreta las relaciones de poder a nivel local y planetario. Paralelamente, desde el auge de posturas neoindividualista se fijan requerimientos precisos en consonancia con la expansión del capital. ¿Qué se reclama, entonces, bajo la impronta de la ética? Establecimiento de leyes estrictas para la protección de los derechos individuales y corporativos, reglas de juego comercial claras y adaptables a los cambios, regulación eficaz de los conflictos, disolución de las críticas radicales en nombre del consenso y, sobre todo, seguridad. El interés por la ética se agotará en un preciso sentido de la responsabilidad: la potestad privada de negociar el bien social.

La apelación a derechos fundamentales o a normativas claras marcan la tónica que caracteriza la mayor parte de los planteos éticos. No sólo en tanto interesada restauración individualista sino también en la definición de nuevas formas de participación social. La ayuda, el voluntariado o la acción benéfica que intentan dar algún sentido comunitario a las inquietudes personales, no pueden apartarse, obviamente, de sus condiciones de emergencia y difícilmente terminan siendo algo más que recursos tranquilizadores de la buena -o mala- conciencia individual. El marketing verde o el marketing filantrópico, por caso, han permitido a algunos empresarios hacer sus buenos negocios (grandes recitales benéficos, llamados solidarios mediáticos, campañas para recaudar fondos para instituciones públicas, para los pobres lejanos de algún lugar del mundo o para salvar de la extinción al águila calva) mejorando la imagen corporativa de sus empresas, reforzando la publicidad o aumentando la lealtad de los clientes, para quienes consumir ahora también puede implicar ayudar al prójimo.

Los planteos éticos más usuales, que suelen invocar la solidaridad o la caridad, no constituyen más que una variante contemporánea del viejo discurso piadoso, que ve al *otro* como una pobre víctima de injusticias abstractas.

Ante la caída del Muro, las potencias de Occidente han debido actualizar su política y su discurso internacionales, relegando las banderas publicitarias de la libertad y la democracia en favor de la intervención "humanitaria" por la paz y el nuevo orden mundial. Quienes no reconozcan las virtudes del libre mercado y no comprendan de qué se trata el nuevo orden serán democráticamente convencidos por las armas de las fuerzas internacionales de paz. Seguramente, las mismas fuerzas les ofrecerán luego "ayuda humanitaria". Paradójicamente, en nombre de una ética de los derechos humanos y del derecho de injerencia e intervención se pueden cometer grandes masacres.

Reconducir al derecho el núcleo de gran parte de los planteos de índole ética refuerza la subordinación de lo político a la administración jurídico-legal. El ocaso de las utopías libertarias expone el triunfo del derecho como el triunfo del realismo. Las luchas políticas por el reclamo de derechos que ponen en tela de juicio la consistencia del lazo social dominante pero que se agotan en una oportuna recomposición legal sectorial suelen terminar disolviéndose, en el logro parcial, su cuestionamiento radical. Nuevamente, será el horizonte del capitalismo mundial quien marcará, en la actualidad, las posibilidades de cualquier variación.

Al perderse de vista la expectativa de grandes cambios en la estructura de la sociedad y como los intentos que quisieron llevarlos a cabo culminaron en el fracaso y en el horror, quedó instalada una preocupación puramente defensiva: hay que evitar lo peor. La construcción de una moral de mínima que evite la repetición de Auschwitz -en términos de Adorno- ha sido el imperativo moral de Occidente en las últimas décadas. Se trata, por lo tanto, de prevenir las caídas de la humanidad en aquellos desbordes bárbaros o "inhumanos". Habría que marcar y defender un piso mínimo de derechos inalienables que, recordando la bestialidad del nazismo, garanticen un mínimo de dignidad humana. Esta

ética de la preservación contraponen lo posible al horror, contrasta su prédica con la irracionalidad del mal absoluto. Se trata de la conservación defensiva de lo que se pudo rescatar (lo posible) frente al vacío de lo impensable (el horror) y el temor a la repetición. La consecuencia paradójica de excluir del pensamiento aquel mal absoluto nos lleva hoy a observar, atónitos, su eventual reiteración, de manera diversificada o novedosa. Pero mantener el orden significa marcar un límite para la tranquilidad moral: ningún mal será como aquél. Por consiguiente, será posible negociar el derecho o permitir la discusión ética "pluralista" de las diversas situaciones, en beneficio de un orden público común y una "convivencia justa". Ciudadanía responsable, tolerancia, cuidado del otro o respeto por las diferencias, son algunas de las disposiciones que preservan un diálogo posible con el *otro*, pero sólo en la medida en que el *otro* sea un "*buen otro*", es decir, alguien que tolere o respete las diferencias en el mismo sentido en que lo hago yo. Si así no lo hiciere, Dios Occidente lo demandará y lo excluirá del mundo civilizado. La ideología ética regulará las diferencias admisibles para preservar el orden y la armonía respetuosa, y terminará conformando un eficiente instrumento para conservar una *identidad*.

En su impactante retorno, la ética se presenta transformada y rejuvenecida. Distante de sus viejos ideales e incumbencias, se muestra actualizada, competente y, por sobre todas las cosas, eficaz. En su nombre se mueven gran parte de las decisiones sobre los focos de conflictos que dejó libres la retirada de la política activa. La expansión del discurso éticista no ha hecho otra cosa que expresar el sentido de una vasta restauración conservadora.

Otra ética, otra política

Hoy día, la referencia "ética" expresa la impotencia de la política. Pero, a su vez, ¿cómo evitar que la ética se transforme en la coherencia teórica de una política conservadora? o ¿cómo desarmar la dimensión antipolítica de la referencia ética actual, que en nombre del consenso o la convivencia social no hace más que cristalizar el estado de cosas reinante, el imperio intocable de lo que hay?

La política activa está asociada a los momentos de disrupción de las secuencias "normales" de la historia. Estas rupturas no previsible ni deductibles desde los saberes instituidos permiten replantear la consistencia del lazo social de dominación y constituir hitos para nuevas recomposiciones. Los acontecimientos políticos marcan la irrupción de lo nuevo en los espacios reglados de gestión. Que en una situación determinada, algo sea nominado como un acontecimiento supone una decisión que no tiene garantías "realistas", ya que, justamente, toca lo *no sabido* de dicha situación. Si pretendemos que la ética sea algo más que una deontología reguladora de lo necesario o una mera expectativa eudemónica (la felicidad y el placer subsumidos al consumo) en la expansión mundial del capital, habrá que ligarla a los acontecimientos (en este caso, políticos). Esto implica sostener el pensamiento y la acción de manera concordante y coherente con el quiebre del orden reglado que el acontecimiento dio lugar. En el mantenimiento de esta continuidad (fidelidad al acontecimiento) es donde podemos inscribir la pertinencia de una ética.

En este sentido, las Madres de Plaza de Mayo o el EZLN, en Chiapas, marcan un trayecto ético. En ambos casos es posible reconocer la continuidad en la fidelidad a un acto inaugural de ruptura con el estado de dominación e ilegible desde su lógica de gestión. "Aparición con vida" en el corazón de la dictadura militar, o "Libertad, justicia y democracia" en la selva mexicana, manifiestan mucho más que ocasionales consignas de lucha. Tocan los *imposibles* de sus situaciones normales exponiendo, dolorosamente, las inconsistencias de los intentos totalizadores. Son la marca de que *algo* ha pasado, pero se trata de un *algo* irreductible a su inscripción ordinaria en "lo que hay". Sostenerse en esta disrupción constituye la apuesta política emancipadora.

Contrariamente a la inflación generalizada de su uso actual, la ética es poco frecuente. Porque los acontecimientos políticos son también poco frecuentes. Esta extrañeza plantea un desafío al pensamiento activo y lo induce a recorrer caminos inéditos. Otra ética y otra política son *imposibles*. Pero afirmando la *posibilidad de lo imposible* y declarando querer lo que el conservadurismo decreta como imposible es como otra política y otra ética se pueden instalar en el imperio reglado del orden.